



FUENLLANA. Castillo árabe sobre la villa (al fondo el Alcázar).

den de Santiago y por Miguel de Cervantes, Francisco de Quevedo, Rodrigo y Jorge Manrique, Bartolomé Jiménez Patón, Santo Tomás de Villanueva, Fray Tomás de la Virgen, Fernando Ballesteros Saavedra, y otros muchos que sería largo enumerar.

Propenso a la sequía, probablemente hallaremos el paisaje bajo un sol mediterráneo —que anuncia y acentúa su transfondo andaluz— que hace la cal más cal, más dorada la mies en los sembrados, más roja la tierra que emerge entre el ingenuo verdor de los viñedos, más ingrátidos los fantasmas del álamo y la torre lejana y más umbrosos el olivo, la carrasca, la sabina y el enebro que se alzan sobre las piedras seculares del monte, entre cuya maleza se agazapan temblando la liebre y la perdiz y en la espesura gruñen el jabalí, el lobo o el raposo venteando la lejana jauría o el cazador furtivo.

Y podremos comprender la fantasía de Don Quijote, soñando una aventura en cada encrucijada de estos viejos caminos, que sellaron con sus pasos Indívil y Mandonio, Asdrúbal, Mario, Pompeyo, César, Abderramán III, Fernando el Santo, Rodrigo de Vivar, y tantos otros héroes conocidos u olvidados, pues surgirán sin sospecharlo pueblos co-

ronados de fortalezas y castillos como Montiel, Alhambra, Almedina, Fuenllana, Albadalejo y castillos aislados, como los de Montizón, Torre de Xoray, Rochafriada...; yacimientos ibéricos, como los de Cózar, Puebla del Príncipe, Villahermosa, y Alcubillas; vestigios de ciudades oretanas como Mentesa, y romana como Anticuaria Augusta, Mariana, Munda, Paterniana, Laminio, Anensemarca y Caput Anaë, y espléndidas iglesias parroquiales, como las de Cózar, Torre de Juan Abad, Villamanrique, Puebla del Príncipe, Villahermosa, Alhambra, Solana, Membrilla y San Carlos del Valle, e históricas ermitas como las de la Virgen de la Antigua, de la Vega, de Mairena, Luciana, la Carrasca, el Salido, Fátima y de los Desamparados y otras muchas, en las que podremos reposar entre las alamedas.

Y aquí, en este paisaje geográfico e histórico, donde se han debatido tantas veces ferozmente los destinos de España durante dos mil años, encontraremos a los hombres montielenses y podremos entender el misterio recóndito de su raza, tan sensible al temor y a la aventura, a la resignación y a la esperanza y al dolor y la alegría, que trasciendan a sus costumbres, su romancero, sus juegos y

deportes autóctonos y sus genuinos vocablos y giros lingüísticos, y podremos compartir con él sus fiestas tradicionales —días patronales, ferias, romerías, Cruz de Mayo, Semana Santa, Navidad— y hasta las familiares matanzas y maitines, gozando de su sencilla hospitalidad. ■

Edmundo RODRIGUEZ HUESCAR



OSA DE MONTIEL. Castillo de Rochafriada.